

MARÍA JOSÉ TIRADO



EL PRÍNCIPE
DE HIELO

Matchstories

El Príncipe de Hielo

María José Tirado

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© María José Tirado, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock
© Mapas: Hugo Romero Tirado

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28025-5
Depósito legal: B. 20.850-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Cassle

Su mirada es poderosa como el disparo de una flecha, que te alcanza y te sacude, pero no sientes la profundidad de la herida hasta que ves cómo la sangre mana de tu cuerpo y tomas conciencia de que has sido sobrepasada por ella.

Sus ojos son plateados, intensos, penetrantes. Me observan fijamente desde que ha surgido de la maleza, analizándome, como si trataran de ver en mi interior. Y es como si de pronto todas las historias de terror que me han contado sobre los elfos tomaran cuerpo ante mí. Historias sobre cuánto nos desprecian por considerarnos seres inferiores, sobre su gozo al desollarnos vivos para fabricar abrigos con nuestra piel y los mil modos en los que son capaces de matarnos y disfrutar mientras lo hacen.

Camina en mi dirección, el viento agita su larga cabellera azabache y sus orejas puntiagudas sobresalen entre la cortina de satén de sus cabellos. Su mentón es recto, cuadrado, y aprieta en los labios una mueca de incomodidad. Es alto como una montaña y su cuerpo es robusto y firme. A mis diez años, aún soy demasiado pequeña para distinguir la belleza masculina, sin embargo, no puedo evitar pensar que es un ser hermoso, mucho, como una noche de verano bajo un cielo plagado de estrellas.

Va ataviado con una especie de armadura de cuero negro que se ajusta con firmeza a su pecho, sus brazos y antebrazos, sobre la ropa. En un par de zancadas se sitúa ante mí, que me encuentro arrodillada en el suelo. Miro mis manos, están manchadas de sangre, también mi sencillo vestido de algodón. El elfo me observa un instante y después se vuelve

hacia el hermoso caballo negro que está inconsciente, ante mí, con una herida abierta en la pata delantera derecha, justo bajo la rodilla. Al menos ha dejado de sangrar gracias al emplaste de hierbas con el que la he presionado.

El corazón me late con fuerza en los oídos.

Su expresión se torna triste, imagino que por el estado en el que acaba de descubrir al animal. Se acuclilla y le palpa el pulso en el lateral del cuello. Sé cómo se hace, madre me ha enseñado, así como sé que, según la fuerza y el ritmo de los latidos de su corazón, puede saberse la gravedad de su estado.

—*Farat*, ¿qué te ha pasado, amigo? —le susurra al animal con dulzura, su voz es firme y profunda. Esperaba una voz mucho más... aterradora. Se fija entonces en el vendaje de hojas que le he aplicado en la pata herida.

—Sangraba mucho —digo, y me mira—. Parece que se ha caído desde ahí arriba —continúo, indicando hacia un saliente de roca que hay justo sobre nuestras cabezas—. Ha perdido mucha sangre, he taponado la herida con ortigas, pero necesita despertar y beber agua para recuperarse.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? ¿Acaso no sabes que este bosque está prohibido para los *mujins*? —me pregunta atravesándome con su mirada plateada. Hay rabia en su voz, aunque trata de no reflejarla en su rostro. Así nos llaman los elfos, *mujins*, o «los de sangre fugaz», por nuestra existencia tan breve en comparación con la suya.

—Estaba recogiendo flores y plantas en la orilla, más abajo. No había entrado en el Bosque de las Ánimas, pero oí un golpe fuerte, me acerqué y lo vi, su cabeza había caído dentro del arroyo y estaba ahogándose —relato indicando mi vestido empapado, amplias manchas de sangre cubren los bajos—. Me he mojado al sacarle la cabeza del agua.

—¿Tú sola lo has movido?

—Sí. —Sé que debe de sorprenderle, pero soy más fuerte que cualquier niño de mi edad—. Las ortigas han ayudado a detener el sangrado.

—¿Por qué sabes tanto de hierbas? ¿Quién eres tú?

Su pregunta me sacude, me hace sentir mal de inmediato. Nadie sabe que mi madre es una *mudang*, una chamana, es un secreto. Cuando venimos a la llanura que rodea el Bosque de las Ánimas, fingimos recolectar

flores con las que hacer adornos y decorar nuestra humilde vivienda, o palmas con las que padre hace empleitas. Pero en realidad llenamos nuestros zurroneos de plantas medicinales que madre utiliza para curarnos a mí y a mis hermanos Eldan y Ange cuando enfermamos. Por eso los tres tenemos una salud de hierro. Debo inventar una excusa: madre nos ha advertido que, si alguien descubre que es *mudang*, nuestras vidas cambiarán para siempre.

—No entiendo de hierbas, es algo que me hicieron a mí cuando era pequeña y me herí la pierna —miento. Odio hacerlo, me provoca opresión en el estómago, pero en este momento, aunque solo sea una niña, sé que es cuestión de vida o muerte.

Ojalá no me hubiese alejado tanto ascendiendo el cauce del arroyo. Madre jamás traspasa el límite sur del bosque. Siempre permanecemos junto a la llanura de matorral alto, una zona amplia y rebosante de vegetación en la que, junto al vergel que crece paralelo al arroyo, encontramos la mayoría de las plantas que necesitamos. Pero hoy nada más llegar oímos varias cornetas, ella alzó la vista hacia el bosque prohibido, utilizando la mano como parasol, y me advirtió que debíamos darnos prisa, porque eso significaba que había elfos cazando en el Bosque de las Ánimas.

Pasado un rato, las cornetas comenzaron a sonar mucho más lejanas, lo cual nos hizo pensar que el séquito élfico se retiraba. El sol aún estaba alto en el cielo, por ello me encargó acercarme al arroyo a recoger algunas plantas que crecían en su orilla.

Encontré la salicaria enseguida y enjuagué sus raíces en las frías aguas que descendían ladera abajo danzando entre las piedras, formando remolinos de blanca espuma. Fue entonces cuando oí el estruendoso ruido que hizo el caballo al caer desde el saliente. Y poco después vi cómo la espuma bajaba manchada de sangre. La curiosidad me pudo y me adentré en la maleza, entre los robles, pinos y hayas, en un bosque en el que viven toda clase de animales protegidos por las leyes de los grandes señores elfos que nos impiden a los *mujins* cazarlos, e incluso poner un solo pie en él.

Comencé a caminar arroyo arriba hasta que lo vi: un caballo negro como la noche yacía tendido en la orilla, su cuello estaba inclinado hacia la corriente de agua y su hocico parcialmente hundido, de una de sus

patas brotaba un hilo continuo de sangre. En un principio creí que estaba muerto, sin embargo, el movimiento de su abdomen, arriba y abajo, me hizo saber que me equivocaba. No sin esfuerzo, tirando de las riendas, le saqué el hocico del agua y lo apoyé sobre una piedra. La herida no dejaba de sangrar y temí que, si no la tapaba con algo, podría acabar desangrándose, así que fabriqué un emplaste con ortigas que encontré próximas a la orilla y añadí unas hojas de saúco que llevaba en mi zurrón. Situé la pata sobre otra piedra plana para sacarla también del agua y le apliqué el emplaste sobre la herida, atándolo con una cuerda que llevaba para hacer hatillos con las plantas.

El animal estaba inconsciente, aunque no parecía tener ninguna otra lesión; debía de haberse golpeado con fuerza en la cabeza, pensé.

Y entonces apareció el elfo, surgió de la espesura como si se hubiese materializado por arte de magia, con tal elegancia que parecía flotar sobre el suelo, sin que sus pasos levantasen el menor polvo o rozasen las hojas de los matorrales que nos rodeaban.

Y ahora está ante mí, a un par de pasos, observando a su caballo con detenimiento, visiblemente preocupado.

—Se habrá golpeado en la cabeza... —me atrevo a sugerir, poniéndome de pie. Sé que debería salir huyendo, alejarme de ese ser malvado y peligroso de cuya sed sanguinaria están repletos tomos y tomos de la historia de los *mujins*. Y, sin embargo, no siento miedo. Estoy nerviosa, agitada, noto que mi corazón palpita más rápido de lo habitual, pero a pesar de su expresión hostil, no temo por mi vida.

Él, acucillado ante el animal, gira el cuello y me mira. Sus ojos tienen un intenso color plateado, como si reflejasen el brillo de la luna Meren, y están plagados de multitud de motitas de distintos tonos de azul en su iris, como los destellos que produce esta al reflejarse sobre la superficie del mar. En su mejilla derecha hay una cicatriz, muy fina, casi imperceptible. Parece joven, bastante más que mis padres, que tienen poco más de treinta años, aunque tratándose de un elfo el concepto de la edad es absurdo, al menos para nosotros. Encoge la nariz, como si tratase de percibir algún aroma, su rostro se aproxima al mío, y vuelve a hacerlo, pero no dice nada.

—Márchate, niña *mujin* —me ordena, y se gira hacia el caballo.

Entonces une sus manos en perpendicular ante su pecho y cierra los ojos. Lo observo con curiosidad, sin moverme un solo paso. De pronto, una especie de luz azulada surge de entre sus manos como envuelta en una burbuja de humo y, señalando al animal con sus dedos índice y corazón, la estrella contra este. El caballo abre los ojos de inmediato y se pone en pie de un brinco.

—¿Estás bien, *Farat*? —le pregunta. El caballo cabecea y busca la caricia de sus manos—. Oh, amigo, me has asustado.

—¿Eso... eso era *seysang*? ¿Magia sanadora? —pregunto alucinada. He oído hablar de la magia de los elfos desde que tengo uso de razón, pero jamás creí que la vería con mis propios ojos. Para mi espíritu de futura *mudang*, porque es lo que deseo ser, una poderosa *mudang* como mi madre, ha sido muy emocionante.

—¿Es que estás sorda? He dicho que te marches —ordena irritado atravesándome con su mirada de hielo.

Y me asusta, por primera vez. Siento la imperiosa necesidad de huir, de apartarme de ese ser que ha dejado de prestarme atención, acariciando al animal. Probablemente ni se dará cuenta cuando eche a correr, así que doy un paso atrás y otro más. Al girar sobre una de las piedras que resbalaban por el musgo, sé de inmediato que caeré al arroyo. Pero entonces su mano me sujeta por la muñeca, impidiéndolo, y tira de mí hacia él. El contacto dura solo un instante, pero una chispa dorada surge entre nuestras pieles y percibo una serena calidez en la mano que me sostiene. Incómodo, me suelta, provocando que caiga al suelo, a sus pies. Eso no impide que mi corazón se acelere y lo sienta latir en los oídos, un escalofrío ha recorrido mi espina dorsal.

—Gr-gracias —baluceo, nerviosa. El elfo lleva su mano hasta la nariz y después se inclina junto mí, olisqueándome, como si fuese un delicioso guiso.

—¿A qué hueles? —pregunta. Me pongo de pie, ante él—. ¿Por qué hueles así?

—Serán las... plantas, supongo.

El elfo alza la cabeza y mira hacia la espesura del bosque, comienzan a llegar ruidos, caballos relinchando en la distancia.

—¡Vete, vamos! ¡Tienes que marcharte de una vez, pequeña *mujin*!

—me apremia, pero me quedo inmóvil observándolo—. ¡Márchate o me haré unas botas con tu piel!

Echo a correr ladera abajo, a mi espalda oigo el relincho de varios caballos, nuevos elfos llegan al claro del arroyo, lo cual alienta a mis pies, que corren como el viento hasta alcanzar la llanura en la que mi madre, ajena a todo lo que acaba de suceder, arranca tubérculos del suelo. No dejo de correr hasta detenerme a su lado, con la respiración agitada, mirando hacia atrás, comprobando que nadie me sigue.

—Pequeña Cass, ¿por qué has tardado tanto? Ya lo tenemos todo, podemos volver a casa —me dice madre cuando se incorpora y me mira. Su frente está manchada de tierra, como sus manos, y su cabello está algo revuelto por el trabajo, pero esto no le resta un ápice de belleza. Me encanta el color oscuro de su cabello, es idéntico al de mis hermanos, y no rubio como el mío. El de padre es cobrizo oscuro. Tampoco el color de mis ojos, verdes, tiene nada que ver con el marrón oscuro de ninguno de ellos. Madre siempre dice que ser diferente no es malo, sino todo lo contrario.

La observo deseando contarle lo sucedido, pero pienso que, si lo hago, esa expresión de paz que muestran sus ojos oscuros desaparecerá por completo, se preocupará, se asustará y pasará meses sin dormir. No hay necesidad de preocuparla, no he hecho nada malo, solo he ayudado a un caballo herido, que resultó pertenecer a un elfo, que debería haberme estado agradecido en lugar de amenazar con hacerse unas botas con mi piel. Me encojo al recordar la expresión de sus ojos.

—¿Te pasa algo? Parece que hayas visto un fantasma. Eso es... ¿sangre? —pregunta preocupada indicando hacia mi vestido.

—No es mía. He encontrado un animalillo herido y lo he curado. No encontraba la salicaria, por eso he tardado. No me pasa nada, madre, solo me he cansado corriendo —respondo forzando una sonrisa.

—Muy bien, mi pequeña, vamos a casa y te prepararé una sopa de raíces de ginkgo para que recuperes la energía —afirma pasándome el brazo por encima del hombro. Y, pegándose a su cuerpo, me abraza con fuerza y nos alejamos del bosque.

Y entonces siento un gran malestar, una opresión en el pecho y la sensación de haber dejado algo, una parte de mí, en ese bosque, junto a

ese elfo. Mi corazón vuelve a palpar apresurado, como si protestase a cada paso que me aleja de ese lugar. Y pienso en sus ojos de luna llena, en la chispa dorada que surgió entre su mano fuerte y grande y la mía pequeña y frágil, en la expresión sombría de su rostro y en su amenaza...

Y entonces despierto, empapada en sudor, con un pie de mi hermana Ange, que duerme relajada, clavado bajo la mandíbula y una sensación de frío que me hiela los huesos. Una sensación que me ha acompañado desde ese día.

Me reprendo a mí misma por volver a soñar con ese momento, hacía mucho tiempo que no lo hacía. Y de pronto todo ha vuelto a mí una vez más, con la misma claridad del día en que sucedió. Han pasado diez años, ya no soy una niña pequeña ni asustadiza, sin embargo, el sueño se repite una y otra vez cada cierto tiempo. Incluso he regresado en secreto a aquel lugar como si buscase algo perdido. La extraña sensación de paz que sentí en ese preciso momento y que he tratado de entender durante todos estos años sin lograrlo. No sé si fue por efecto de la magia sanadora, la tristeza por el animal herido, o esa extraña chispa de energía que me estalló en la mano cuando ese ser me sujetó para que no cayese al arroyo, pero creo que nunca he vuelto a ser la misma desde ese preciso día.